

## EL ALMA NEGRA DEL CARIBE COLOMBIANO

Cristian Manuel Olivero Pavajeau\*

Cuando se habla del Caribe y de la América Latina, en general suele recurrirse a la fórmula que dice que somos una mezcla de blancos, indios y negros. Otros lugares comunes aparecen enseguida para relacionar lo que se llama el *legado* europeo con el idioma, la religión, la economía, la política, lo que algún gran político de oficio colombiano llamó lo *fundamental*, al tiempo que a la *contribución* americana se le reconocen algunas palabras del léxico cotidiano, algunas curaciones de origen natural, una *sana* relación con la naturaleza y la *virtud* política de la sumisión y la obediencia, equilibradas por dosis adecuadas de lo que se conoce como *malicia indígena*, todo lo cual aparece como restos culturales de pueblos expoliados, elementos aún presentes en aquellas *instituciones fundamentales* nuestras. Lo correspondiente al *aporte* africano suele verse reducido así a algunos nombres, la brujería, la inconstancia laboral y la remisión y la indomabilidad políticas. La proporción en la que cada uno de esos grandes grupos poblacionales introdujo elementos constituyentes de las culturas del Caribe ha estado sustentada históricamente en la situación socioeconómica que, por ejemplo durante la colonización española, les correspondió en la organización occidental de estos territorios y que está representada también en las denominaciones que aún les damos: la *herencia* blanca, la *contribución* india y el *aporte* negro.

Al ser el Caribe un producto sociocultural del encuentro político, religioso y económico (encuentro sustentado en la dominación de uno de los grandes grupos sobre los otros) y por lo tanto ser una gran mixtura cultural, resulta muy difícil establecer la medida de las manifestaciones y representaciones culturales y sociales que fueron incorporadas por cada uno de esos grupos. Sin embargo esa misma dominación en los diferentes

ámbitos ha sido la determinante de que lo incorporado por indios y negros al crisol del Caribe sea incluido en categorías que pueden parecer inferiores frente a las que se usan para denominar a lo impuesto por los europeos. Si se revisan expresiones que suelen usarse para hablar de esos aportes nos encontramos con decires como “la *herencia española*” o “el *legado de la Madre Patria*”, frente a frases como “esa es la *contribución de los indígenas* a estas formas de pesca” o “el tambor es un importante *aporte africano* al vallenato y la música del Caribe en general”. La consideración generalizada parece mostrar una mezcla en la que a una gran sustancia española se le vertieron chorritos americanos y se le dejó caer gotitas africanas.

Si desde miradas diferentes tenemos en cuenta otras circunstancias como la población mayoritariamente negra e india en estos territorios, y toda la cultura negra aún presente en la vida cotidiana y en los comportamientos sociales y los símbolos y representaciones de la gente del Caribe, pareciera que la mezcla que resultó en este gran crisol geográfico es mucho más pareja, y que el *aporte* negro es mucho más equilibrado frente a los otros. Un estudio social que se interese en esa contribución negra (que también es *nuestra herencia*) a la constitución de las diversas culturas del Caribe, podría identificar y conocer por separado esos aportes, a la manera que ya es tradicional en las metodologías antropológicas, o podría interpretar toda la simbología cultural de estos pueblos pero igual se encontraría con que ese legado africano es tanto como los de Occidente y América y que se constituye en aspecto fundacional y no accesorio de estas culturas en la misma medida que aquellos. El fluido cultural, la confluencia misma de las diversas culturas que pueblan el Caribe colombiano sin considerar que alguna de ellas sea culturalmente más constitutiva que las otras, podría ser una de las posibilidades interpretativas de esa cierta manera que puede ser o es el Caribe.

\* Estudiante de tesis. Universidad del Magdalena, Programa de Antropología.

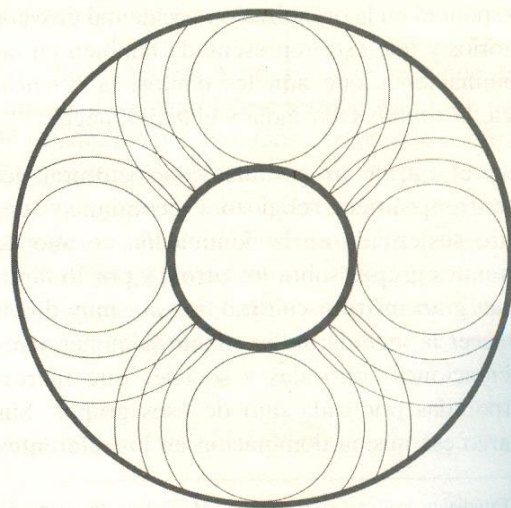


Una rápida comparación de los componentes de ese *legado histórico y cultural* que tenemos, nos muestra que al igual que en las clásicas organizaciones sociales piramidales, lo que Price llama *retención de africanía* ocupa la base, lo que en los discursos occidentales suele considerársele, por tanto, como lo menos definitivo o determinante en las organizaciones sociopolíticas y culturales. Sin embargo no debe olvidarse que esas bases piramidales, que en aquellos antiguos esquemas se denominaban con la categoría genérica de *esclavos* solían ser muy populosas, sobre todo en el Caribe cuyo territorio colonial era de grandes plantaciones agrícolas, y en donde la proporción entre cantidad de esclavos africanos, de población indígena americana (progresivamente diezmada en un genocidio prolongado) y de dominantes europeos colonizadores es como en la pirámide: una pequeña punta blanca y un gran cuerpo poblacional negro. En las mezclas étnicas que se dieron en el proceso que se llama mestizaje y que en el caso del Caribe podría llamarse mejor, mulataje, el componente negro pareció ser mayoritario, aunque parezca notarse poco en lo político y organizacional y más en lo cultural y el comportamiento social cotidiano de las personas. En un cuadro se presentan aquí aspectos recurrentes en los discursos de Occidente para exponer el tripe legado:

Si para el caso que aquí tratamos partimos de esas mismas características culturales de las poblaciones negras, que hasta ahora han sido descritas por los estudiosos sociales, se nota que hay en ellas una especie de hilo conductor que las une y que les da consistencia a lo que podría ser considerado como una especie de *espíritu social*, cuya esencia es una suerte de *libertad cultural*, representada en lo que Antonio Benítez Rojo llama en *La isla que se repite* la “cierta manera” de vivir la vida cotidiana, de relacionarse las personas del Caribe entre sí y con los demás. Esto vendría a ser algo así como lo que filosóficamente se ha debatido durante milenios como el “*libre albedrío*” y que, en el caso de las culturas caribeñas se expresa no sólo personalmente, sino en el ámbito de lo social en forma de particulares organizaciones sociopolíticas, caracterizadas como *remisas del “orden preestablecido”* y, de “cierta manera”, *libre de las formas occidentales*

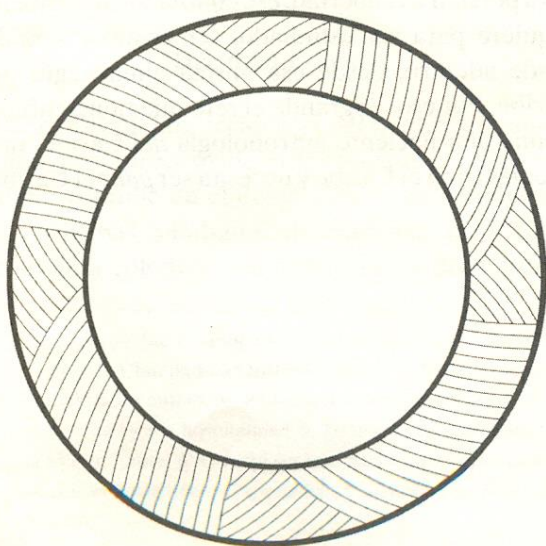
*de ejercicio del poder*. Esa *cierta manera* de Benítez Rojo o esa *libertad* de la gente del Caribe para vivir su vida personal y personal que sugieren autores como Mintz, Pice o Wilson, podría verse entonces como la esencia de lo que aquí hemos llamado el *espíritu social*, el *alma del Caribe*.

Cuando se hace referencia al alma la asociamos enseguida con conceptos que tocan lo religioso lo que, desde una perspectiva funcionalista, genera un orden social que se institucionaliza estrechamente con el resto del sistema organizativo, tocando a los individuos directamente. Este orden, que generaría una especie de moral, y por ende de comportamiento sicosocial en los individuos, debe tener una esencia reconocible etnográficamente y esa esencia, ese ordenamiento medio moral, medio social, medio individual, que se expresa social y cotidianamente de múltiples maneras, en el caso del Caribe sería la misma forma de ser de sus gentes, el mismo sentido cultural de sus poblaciones. Ese sentido cultural es representado por las personas en su vida cotidiana y está conformado como resultado de la gran mezcla tricontinental en pleno trópico americano, en la que el negro puso mayoría en número de individuos y en sentido espiritual, en la “cierta manera” de creer sus cosas y de vivir su vida de acuerdo con ello.



La “cierta manera” asociada al concepto de libertad de observadores sociales del Caribe, que lo han estudiado desde fuera y sustentados en su autoridad etnográfica y sus trabajos de campo, y que coincide con Benítez en la forma “particular” de vivir en sociedad vendría a ser, entonces, una libertad de tipo espiritual, pero de un espíritu que adquiriría carácter social, en cuanto a que es socializado en la moral de las poblaciones, en la manera de comportarse a diario y públicamente que tienen sus integrantes.

Cuando se asocian libertad y negritud, se tiende a relacionar estos conceptos con la historia y la situación socioeconómica y política que hizo que el origen de la presencia negra en América fuera la esclavitud. En el norte del continente, donde el mulataje fue prácticamente inexistente, el concepto de libertad ha adquirido casi siempre una connotación política que se refiere a derechos ciudadanos, a igualdad de los negros frente a los otros norteamericanos, a conceptos políticos de lo racial y lo étnico; en el caso del Caribe ha sido distinto; la libertad, como se ha visto, está asociada más a la forma de ser de las gentes con culturas del Caribe, a una libertad social, personal y espiritual que les permite vivir de “cierta manera”, en una “*isla que se repite*”.



La libertad negra del Caribe, que se aleja de lo político y de lo ciudadano para acercarse a lo social, lo religioso y lo económico, sería la esencia del *alma social* de las culturas negras y de las culturas del Caribe, en este caso, el colombiano. El negro libre del Caribe (discursivamente afrocaribe), a diferencia del negro libre americano (afroamericano) es el mismo hombre caribe de Wilson, que es “trickster”, y esa forma de ser no está dada, como en el caso afroamericano, por condiciones raciales y étnicas, sino por el hecho de nacer, crecer y vivir en el Caribe, que también es multirracial y pluriétnico; el asunto es que aquí hasta los blancos son negros en lo que concierne a la forma de ser, a la libertad espiritual, así como los indios son blancos en sus formas de organización política y discursiva, o como los negros son indios en su conocimiento natural para curaciones y algunos rituales socio religiosos, por ejemplo. El asunto es que la gente del Caribe no es blanca, ni negra, ni india, es Caribe. Esa es el alma del Caribe.

Muchas de las características que se consideran propias de las culturas negras, sobre todo las relacionadas con la libertad espiritual que aquí se han expuesto, podrían describir muy bien a las culturas del Caribe. Y ese mismo sentido cultural de lo negro, con sus actos y acciones de la vida cotidiana, con sus representaciones y simbología, puede ser la misma alma del Caribe todo. En el Caribe, las creencias religiosas acerca de lo sobrenatural, las prácticas de lo que se conoce como brujería, los bebedizos de amor, de enfermedad y de muerte, las hierbas y extractos para la buena suerte, el mal de ojo, la preocupación por el día a día, las ambiciones económicas inmediatas, más que a futuro, el establecimiento de reglas propias y particulares para la vida misma, la filosofía del “comer o no comer” de la que habla el profesor Francisco Avella, características todas que son asociadas con lo Caribe, pueden aplicársele de la misma forma a estudios sociales de las culturas negras.

La libertad del negro, por ejemplo, y sus actuaciones sociales frente al trabajo, puedo ilustrarla con un dato recogido en Guacamayal, Zona Bananera del Magdalena, según el cual, para ser empleados



en las compañías eran preferidos los negros que venían del departamento de Bolívar que los *negros "yumecas"*, procedentes de las Antillas, por ser estos muy "rebeldes, indomables". Algo así suele ocurrir en el resto de Colombia cuando se piensa en la gente del Caribe para asuntos laborales: se les suele considerar "flojos" y de difícil disciplinamiento en el trabajo. Por eso digo que en aspectos como la *libertad espiritual, el alma del Caribe es un alma negra*.

La libertad espiritual negra y caribeña es representada, actuada, vivida, socialmente en una gran multiplicidad de pequeños grupos organizados a veces por territorio o parentesco y en otras ocasiones de manera más informal, como los grupos esquineros que se organizan para el *vacile*, para jugar dominó o hablar de fútbol y política. La reputación y la respetabilidad de la que habla Wilson están determinadas precisamente por esos numerosos grupos informales. Lo que podría ser considerado como un sistema de valores del Caribe, como la parte *socioespiritual* que regula las relaciones entre sus gentes, aparecería como desinstitucionalizado, como informalizado y sería regulado más que por religión, política o economía, por las formas de socialización basadas en la libertad. Aquí en el Caribe, las iglesias, las escuelas, los clubes, las congregaciones o los partidos políticos son menos *institucionales* que en otras partes, porque acá la cohesión comunitaria de la que hablaba Herskowitz está poco organizada y esa cohesión y orden social identitario surge más de lo que genera un orden espontáneo desde la informalidad, que de algo que esté ordenado de antemano. Así vemos por ejemplo, las protestas de la gente contra las empresas prestadoras del servicio

de energía eléctrica, suelen darse airadamente y después de varias horas sin servicio, y no como una protesta organizada con anticipación y programada con un orden establecido.

El legado negro sigue manifestándose con mucha fuerza en el proceso de hibridación que aún continúa en el Caribe, se siguen reconstruyendo nuevas formas culturales a partir de las fusiones que sufren estas, desde la llegada de los negros de África, hasta nuestros días en una sucesiva cadena que parece no tener fin. Lo cual hace que no sean en ninguna medida, porque no se pueden medir cuantitativamente, elementos furtivos en la manera de ser del caribeño. Cuando se dice que el sentido cultural del Caribe, es esa "cierta manera", su esencia, no es como si el Caribe estuviera constituido de alguna cosa o sustancia, como si fuera un objeto. El Caribe es más bien como un gran y complejo *sujeto social* con formas de comportamiento social de sus gentes muy particulares e identitarias, que en algo que podría verse como una *personalidad cultural* o mejor, un *espíritu cultural*, se encuentra constituido por una especie de libertad cultural que, en este caso, podría ser una de los más importantes herencias de las culturas negras a la conformación caribeña. Esa condición casi espiritual de la libertad, que puede evidenciarse en la vida cotidiana de las gentes del Caribe, vendría a ser así el sentido cultural del Caribe, y la sensibilidad social y etnográfica que se requiere para percibir esa libertad, ese *espíritu social* caribeño requiere para ser estudiado, ser vivido y sentido desde adentro, desde esa misma alma negra del Caribe. Por eso, es grande el reto que tiene enfrente una aún naciente antropología *del* Caribe, que además es *en* el Caribe y necesita ser *para* el Caribe.







